

W. J. STAMPER

Autor de: "Los labios del muerto", "Fidel Bassin", etc.

T I M I C H E L

El secreto de la venganza fué guardado dentro de... Pero más vale leer este estremecedor relato.

Durante dos años había adquirido todo el ron que necesitaba, en casa de Ti Michel, no sólo porque era más barato que en otros de los numerosos establecimientos que se encontraban en el muelle de Port Liberté, sino también porque en el hombre había cierto aire de misterio que jamás pude explicarme. A pesar de la fama que tenía de haber sido un caco, en su juventud, y de haber cometido numerosos y sangrientos crímenes, sus modales eran amables y cariñosos, y desde el primer momento se ganó mi simpatía. Era más bajo y más negro que la mayoría de los haitianos, y uno de sus ademanes habituales era frotarse las manos mientras hablaba. No recuerdo haber hablado una sola vez con él sin que se restregase las palmas, diciendo:

—Ti Michel no es malo, *Monsieur*.

Como jamás había insinuado yo que dejara de considerarle un hombre honrado y fiel cumplidor de la ley, no podía comprender su insistencia en repetir siempre lo mismo acerca de su bondad. Traté de convencerme de que aquello no era más que una frase habitual, pero siempre parecía haber una inquietud y un vago temor en su cerebro, de cuya causa no tenía yo la menor idea.

Una tarde, después de un día sofocante calor, cuando los mosquitos se elevaban

de los pantanos en verdaderas nubes para caer como terrible plaga sobre los habitantes del lugar, cogí una botella y me dirigí hacia la tienda de Michel. Aquella era la hora en que acostumbraba ir en busca del grog, porque al hacerse de noche llegaban los pescadores y entonces el establecimiento de Ti se veía lleno de una concurrencia con la cual no sentía el menor deseo de rozarme.

Cuando llegué, el negro estaba sentado en una silla, junto a la puerta, fumando y aplastando contra su ancha cara alguno que otro mosquito.

—¡Ah!—exclamó, suavemente, entre nubes de pestilente humo.—Esperaba antes a *Monsieur*. Hace tres días que no ha venido a buscar una botella del Barbancourt de Michel.

Me señaló una silla al otro lado de la puerta y me invitó a sentarme. En cuanto me hube acomodado se quitó la pipa de la boca y señaló con ella hacia el otro lado de la bahía, comenzando a hablar con voz lenta y reverente. Las palabras parecían curiosamente suaves y sentimentales para ser pronunciadas por un hombre que tenía fama de haber pertenecido a los terribles cacos que se refugiaron en las montañas de Bohoué y Pignon.

—Ahí, *Monsieur*, está el verdadero hogar